



Sylvia Sydney y Gary Cooper
en una escena de la película Pa-
ramount "Calles de la ciudad"





Willy Forst y Liane Haid, en una simpática escena de "El Secretario de Madame", opereta cinematográfica, con música de Robert Stolz, del Programa Gaumont.

UNA VIEJECITA

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECCION
Tomás G. Larraga



REDACCION
ADMINISTRACION
Deposición 219.41.0022
BARCELONA

DELEGACION EN
MADRID: LIBRERIA
EL HOJAR Y LA MODA
Calle Valverde, 50 y 52



PRECIOS DE SUSCRIPCION

España y Colonias
Tres meses 375
Siete meses 450
Un año 525

América y Portugal
Tres meses 475
Siete meses 550
Un año 625



CADA SÁBADO

NÚMERO SUETO
30
CÉNTIMOS

Hoy, como todos los domingos, baja por el sendero de retamas y tamarindos la viejecita vestida de negro. Todos los domingos, a la misma hora de la tarde, sigue el mismo camino hasta el pueblo inmediato.

Desde la casa donde vive — una casuca de color de tierra, con una era pequeña delante, en un declive del monte — toma el sendero de retamas y tamarindos. Este sendero, serpenteando en suave pendiente, va a morir en la carretera, asfaltada, reluciente.

La viejecita sigue todos los domingos por la tarde esta carretera, hasta llegar al pueblo. La sigue por un lado, bordeando siempre el cauce de la cuneta. Anda ligera, nerviosa, como conviene a su figura menudita. Y, al caminar, se cruza con la procesión interminable de automóviles que van y vienen.

El pueblo no está lejos. Desde la casuca donde vive, hay tres kilómetros. Pero ella coge, primero, el sendero de retamas y tamarindos y, luego, ya cerca del pueblo, dobla a la izquierda por otro sendero — fangoso el día de lluvia, polvoriento el día de sol — y gana así doscientos metros de camino.

En el pueblo es muy conocida esta viejecita que viste de luto. Siempre ha vivido por aquí. Pero hoy, domingo, no se entretiene a saludar a nadie. Menudita y nerviosa, va cruzando placetas y callejuelas hasta llegar al cinematógrafo. El cinematógrafo — el «cine» para todo el pueblo — está situado en una calle estrecha, sinuosa, limpia, fresca. En la fachada se abre una enorme ventana, que contrasta con las ventanas pequeñas del pueblo. Junto a la puerta, los muchachos contemplan unas fotografías desvaídas, pegadas a unos cartones rotos, musgosos.

La viejecita entra en el cinematógrafo sin mirar siquiera el programa. No sabe leer. Y con los brazos cruzados sobre el regazo y el rostro ligeramente elevado para mirar a la pantalla, permanece quietecita en la silla, siguiendo la acompañada sucesión de imágenes iluminadas.

¿Qué rara seducción debe de ejercer el cinematógrafo en el espíritu de esa viejecita que, todos los domingos, desde la casuca de la era, recorre cerca de tres kilómetros a pie? Ella no lo ha dicho nunca. Es decir: lo ha dicho, pero sin analizarlo. Si alguien se lo pregunta, sólo contesta:

—El cine me gusta mucho. Me distrae mucho...

Y, al decirlo, sonríe complacida, dejando entrever los encías sin dientes.

La viejecita no sabe explicar las cosas del cinematógrafo. Le basta con reconocer que le gusta mucho, que la distrae mucho. Y así debe de ser. Su cuerpo menudito y ligero habla también de la agilidad de su espíritu, en el que indudablemente debe de causar honda impresión la movilidad del cinematógrafo. Si, en vez de menudita y ágil, fuese de complexión corpulenta y pesada, parecería inexplicable que le gustase el cinematógrafo, que es todo movimiento y viveza. Pero así, siendo como es tan menudita y ligera, se comprende que le

guste mucho. Tal vez en sus años mozos — cuarenta, cincuenta años atrás — sintió el impulso de la aventura, y ahora el cinematógrafo le hace revivir, en la subconciencia, la inquietud espiritual de aquellos tiempos.

Hoy la viejecita todavía se mueve con agilidad. Va de un sitio a otro, incansable, y atiende a todas las menudencias de la casa. Pone en su sitio la silla que tiraron los arrapiezos al pasar. Devana una madeja. Recoge del suelo un alfiler que podrían clavarse los niños, al jugar. Lava los platos después de comer — por la noche se queda en seguida dormida — y madruga siempre mucho para dar la comida a las gallinas y los conejos. Sobre todo, a las gallinas, inquietas y menuditas como ella.

Hoy es domingo. Por la mañana ha ido a misa, con sus nietecitos. A dos de ellos, los más pequeños, les lleva siempre cogidos de la mano. Por la tarde, temprano, ha cruzado callejas y placetas hasta llegar al «cine». Este año, hay en él una novedad. La han anunciado por todas partes, en papeles multicolores que ella no ha podido leer: «¡Cine hablado! ¡Cine sonoro!» Y hacen unas películas en que se oye hablar a los artistas. La viejecita de espíritu inquieto y cuerpo menudito prefiere el cine hablado. No sabe leer...

Los artistas del cinematógrafo de la calle estrecha y sinuosa hablan como todo el mundo, aunque tienen una voz recia, obscura, a veces gangosa. Pero ella, como no sabe leer, les comprende muy bien y sigue mejor el argumento.

—Sí, sí. Entiendo muy bien lo que dicen. Mejor que en el fonógrafo.

Y al decirlo, sonríe también, más complacida que nunca.

Antes de que anochezca, la viejecita vuelve a su casa. Ya ha visto todas las películas de la sesión. Con gusto se quedaría a verlas de nuevo, pero como ya las ha visto una vez, acaso haga falta en casa. Tal vez hay una silla mal colocada, una madeja sin devanar, una aguja en el suelo que podrían clavarse los niños jugando... El sueño la vencería.

Y recogidamente, con paso menudito y nervioso, vuelve a cruzar las callejas y plazuelas, hasta salir a la carretera asfaltada y reluciente. Mientras sube por el sendero de retamas y tamarindos, le vienen a la memoria escenas, muchas escenas, escenas incoherentes de las películas de aquella tarde. De las del domingo pasado ya casi no se acuerda. Pero también le gustaron mucho. Sobre todo, aquella señorita que cantaba tan bien... Y era guapa...

Hoy, a pesar de la agilidad de su cuerpo menudito, pesan los años. ¿Cuántos? ¿Sesenta? ¿Setenta? Son ya muchos años. Si tuviera sólo veinte, acaso soñara con ser artista de películas, para cantar como aquella señorita del domingo pasado. Pero a los sesenta o setenta años, el sueño la vence en seguida y, al llegar a la casuca de color de tierra, ya no puede ni recoger la aguja que podrían clavarse sus nietecitos jugando en el suelo.

LORENZO CONDE

DE UNOS A OTROS

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, a indicación, si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

453. — Rogamos a *Rita del Río Grande* nos envíe su dirección, pues tenemos una carta para ella.

454. — Un cierto muchacho se pone a la disposición de *Duchessa del Tahrin*, que en el número del 29 de agosto solicitaba correspondencia con alguien aficionado al cine.

¿Quiere *Duchessa del Tahrin* tener la amabilidad de mandar sus señas a esta sección para con mucho gusto complacerla?

En un número atrasado de esta revista leí una admirable iniciativa, lanzada por Gígola, de Barcelona, según creo.

Trata este señor de constituir una Peña de aficionados al cine, y no cabe duda de que se trata de una idea muy simpática, muy juvenil, moderna y digna de simpatía.

Me hubiera gustado mucho formar parte de ese "pequeño club" cuya formación inicia Gígola, pero... vivo en Madrid y no es posible, por lo que me permito plantear la iniciativa y hago desde esta sección una llamada a los lectores madrileños, de esta revista, que simpatizan con la idea y desean una Peña cinematográfica en Madrid.

455. — Dolores Peñafiel desearía conocer las señas de Ernesto Vilches y María Casajuana. ¿Serían ellas los más indicados, por ser como yo, catalanes, para informarme acerca de lo que hay que hacer para llegar a ser artista de la pantalla?

456. — Ella desearía de algún amable colaborador le proporcionase una biografía, lo más completa posible, del artista Iván Petrovitch.

457. — ¿Habría algún lector que pudiera proporcionarme los repartos de las películas *Sombras de circo*, *La fiesta del diablo* y *Paraiso peligroso*?

¿Quería la *Duchessa del Tahrin* que yo fuese el que le cambiase la foto que solicita y el que sostuviese correspondencia con ella acerca del cine?

Si así fuese, mis señas son: José Cabanillas Caseros, Dársena, 60, Madrid.

458. — Dos clásicos madrileños... trasplantados, desearían saber la dirección de Barry Norton y el mando fotos dedicadas; en caso afirmativo, qué sellos hay que poner para su franquicia.

Asimismo nos interesa la biografía de Ginger Rogers, de la Paramount, y a ser posible su estatura y peso, pues ya son varias las personas que nos dicen que tiene gran parecido a una de nosotros.

459. — Una sencilla francesa saluda a todos los lectores y lectoras de *Filma Sinceros* y pregunta: ¿Puede algún amable lector mandarme la letra de la "Canción pagana" de la película *El Pájaro de Fábila*, así como la de la película *Un plato a la americana*, titulada: "Si yo tuviera una película hablada tuya"?

460. — ¿Vulpes desean una biografía lo más completa posible de Pauline Starke?

461. — *Dorinda* desearía saber, quiénes son los encargados de la traducción de títulos, esencias, etc., de las películas inglesas, francesas; nombre de dichas personas y dirección, pues me convendría ponerme en contacto con ellas.

CONTESTACIONES

425. — Ampliando la contestación dada a *Una modernista* en su demanda número 165:

Además de los cuatro diálogos, tiene también Janet Gaynor sin su casi inseparable Charles Farrell, Cristian con Charles Morton y *Amanecer* con George O'Brien.

426. — A las simpáticas condesitas *Tilina* y *Viki*, en su demanda número 173:

Han perdido la apuesta: *Mandrógara*, de Brigitte Helm, Iván Petrovitch y Paul Wegener, es una "Selección Gaumont Diamante Azul". Lo siento mucho y les saluda afectuosamente.

427. — Tres contestaciones de *El nigromante* de *Cineclauda* para *Dos exabiertos* intrépidos:

427. — Tengo el gusto de mandarle el argumento de *Río Rita*, que es el siguiente: Jim Esteban (John Boles) persigue al bandido Kinkajou y, en su persecución, da con el rancho de Río Rita (Babe Daniels), que vive con su hermano Roberto (Don Alvarado). El capitán Jim ve a la muchacha y se enamora de ella. Un general ruso, Ravenof, está también

locamente enamorado de ella y para indisponerla con el capitán Esteban se hace creer que éste persigue a su hermano Roberto, que es el bandido Kinkajou, y que el amor que demuestra por ella es una farsa para atrapar al hermano. Rita cree esto y, enojada, desprecia al capitán. Roberto, que a su vez anda persiguiendo a Kinkajou, llega al rancho de Ravenof, y éste le hace prisionero; pero enterada Rita, monta en un hermoso caballo y hecha toda una chorrilla, corre a libertar a su hermano. Ravenof le recibe muy satisfecho y da una fiesta en su honor y le promete que su hermano está seguro, pues que Esteban no da con él. En el apogeo de la fiesta, Ravenof se declara a Rita, pudiéndose se casar con él. Ella accede y cuando va a sacrificar su amor por salvar a su hermano, se presenta éste, que se ha fugado, y desentramando a Ravenof, comprueba que éste es el bandido Kinkajou, y que él no es más que un detective del Estado. En esto llega Esteban, el cual se hace cargo del bandido y semanas después se casan quienes desean que se conozcan, se amaban especialmente.

428. — Para los mismos: Dolores del Río nació en el Estado de Durango (Méjico) el 3 de agosto de 1905. Hasta los cinco años, Dolores Asunsolo vivió en el rancho de sus padres. Después permaneció en el convento de San José, de Méjico, ocho años, hasta completar su educación. En 1919 estuvo en Europa con sus padres y a su regreso ingresó nuevamente en el convento de San José otro año más. En una lómbola de Méjico conoció a Jaime del Río con el que se casó cinco meses después. En Sonora, y en junio de 1928 se divorciaron. El 7 de diciembre de 1928 falleció en París Jaime del Río. En 1935, (esto se llama saber fechas) llegó a la ciudad de Méjico el productor Edwin Gazeew, el cual vio bailar a Dolores en su propia casa durante una fiesta. Entonces le invitó a visitar un estudio en Los Angeles, donde le hicieron una prueba que resultó satisfactoria. Debutó en *Jenny* con el papel de mujer fatal al lado de Dorothy Mackall y Jack Mulhall y seguidamente en *High Steppers*, *Pais First*, etc. En menos de dos años alcanzó la categoría de estrella, siendo su último film sonoro *El malo*. Actualmente ha hecho un contrato con la "Radio Pictures" por cinco años a cuya casa pueden ustedes escribirle.

429. — Para los mismos: Raquel Torres nació en Hermosillo, Sonora, en el año 1910. De padre alemán y madre mexicana, heredó de ésta la valiosa belleza de su raza. Su verdadero nombre es Guillermina Ostermann. Al perder a su madre, se trasladó con su padre a Los Angeles, donde se educó. A los quince años y durante un viaje a Méjico se colocó en una tienda de juguetes. Fatigada de su empleo, lo dejó, dedicándose a cuidar su casa, pero un día quedóse su padre parálítico y ella tuvo que colocarse en el teatro China, famoso

por su lujo y sus "premieres". Allí conoció a todos los reyes de la pantalla y un día que el director de la *Metro* buscaba un joven que hiciera el papel de muchacho en *Sombras Blancas*, se acordó de la muchachita que repartía programas en el teatro China, y después de varias pruebas le ofreció un contrato que fue el final de sus simpatías y fatigas. El mismo día en que firmaba este contrato murió su padre. El éxito de Raquel en *Sombras Blancas* fue resonante. Pero ella lo acogió con una triste sonrisa, la misma con que acogió los triunfos obtenidos en *La ley del desierto* y *El puente de San Luis Rey*.

Su dirección: *Metro Goldwyn Mayer Studios*, Culver City, California.

¿Complacidos? Pues a mandar.

430. — Varias contestaciones de *Tahoseri*:

430. — Para *Una chica de Vaqueros*: Juan Arthur, que con otros varios comparte mi admiración, nació en Plattsburgh (Nueva York) el 17 de octubre de 1908. Fue educado en esta misma ciudad. Llegó a Hollywood en 1923. Trabajó como artista independiente con la *Pathé*, con la *F. B. O.*, con la *Universal* y con la *Paramount*. En vista de su labor en *Warwing up* (Sangre deportiva) como compañero de Richard Dix, esta última casa le contrató por largo plazo, y es donde se halla actualmente trabajando (julio 1931).

Elegida estrella "bebés" en 1929, Verdadero nombre Gladys Greene. Divorciada de John Acker recientemente. Mide cinco pies y dos pulgadas de estatura, tiene los ojos azul claro y pelo rubio oscuro, pesa 49 kg.

Películas filmadas por ella: *Peter Pan*, con Betty Bronson; *La cubana en flames*, con Jeanette Loff; *La puerta roja*, *El crimen del conde*, *El apuesto*, con Jack Mulhall; *A casa de marido*, con Charles Delaney; *Mucho ruido y pocas nueces*, con Helen Costello; *El recluta*, con Monty Banks; *El crimen de la Canario* o *¿Quién le mató?*, con James Hall; *La víbora*, con Hugh Trevor; *La sala del azar*, con Kay Francis, etc. (muchas). Sonoras: *El pecado de los padres*, con Ruth Chatterton; *Gatos de la Paramount* (revista), con Richard Arlen; *El Doctor Fu-Manchú* y *La rapación del Doctor Fu-Manchú*, con Neil Hamilton; *Amor y desamor*, con Clara Bow; *Aguijados*, *Entre el cielo y la tierra* y *The Lawyer's Secret* (su última producción), con Charles Rogers; *The Gang Buster*, con Jack Oakie.

Es una de las estrellas de la *Paramount*, que recibe bastante correspondencia de sus admiradores.

431. — Para *Romance*: Lewis Stone nació en Worcester (Massachusetts), el 18 de noviembre de 1879. Fue capitán del ejército americano, de la Armada, durante la gran guerra, y actualmente mayor del cuerpo de reserva americano. Su vocación era la literatura teatral, pero no habiendo podido abrirse camino como escritor, se hizo actor, trabajando largas temporadas en el teatro Belasco de Los Angeles, en cuya compañía, más tarde, ingresó Babe Daniels para interpretar papeles de niña. Luego ingresó en el cine, en el film *Muy bien*. Viudo de Margaret Laughlin, la cual falleció mientras combatía en Europa, y divorciado de Laura Oakley, casó con Hazel Elizabeth Woolf, en 1931, en Yuma (Arizona). Tiene una hija, Virginia Stone, que ha debutado hace poco en el cine. Tiene el cabello gris, ojos pardos, mide 1.79 m. de estatura y pesa 65 kg. Tiene gran afición a la música clásica y a la lectura.

Últimos films de dicho actor: *¡Det, criminal!* con Owen Moore; *Madame X*, con Ruth Chatterton; *El proceso de Mary Dugan* (versión inglesa), con Ann Harding; *El presidio* (versión inglesa), con Chester Morris; *El poder de la mujer* o *Mazavilla de mujer*, con Peggy Wood; *Mi pasado*, con Ben Lyon; *Cheri-Bibi* (versión inglesa), con John Gilbert; *Inspiración*, con Robert Montgomery y Greta Garbo, y *Yea and J*, sin adaptar. Lewis Stone es astro de la *Metro-Goldwyn-Mayer Studios*, Culver City, Hollywood, Calif. donde recibe su correspondencia.

Conchita Montenegro nació en Santander en 1913, el 16 de septiembre. Fue bailarina, dedicándose al baile desde los tres años con su hermano, con la cual formaba pareja de baile. Su entrada en el cine fue en París, donde suplico a Jacques Barancelli ser sometida a prueba fotográfica. Una vez vistas éstas, Barancelli le contrató como protagonista de *La mujer y el pelado* donde tenía por compañero a Raymond Destack. Tuvo tal éxito en esta película, que la *Metro* le contrató en segunda para parlantes en español. Como ballarina debutó en 1929 en el Music-Hall, en Hamburgo, en Berlín y Londres. Es morena, con ojos y cabello del mismo color, mide 1.58 m. y pesa 46 kg. Su pasión desde muy niña fue la danza, deportes favoritos: la natación y el tenis.

Films de Conchita: *De frente, marchen*, con Buster Keaton; *Sevilla de mis amores*, con Ramón Novarro; *Estrella negra*, con Virginia Fábregas; *La España de los americanos*, con Giovanni Martini; *En cada puerto un amor*, con José Gregor; *Su última noche a Tudá*, con María Albe; *Roulez-Consent* (versión española) y *Never the Twain Shall Meet*.

LA GUERRA DESDE EL AIRE



EL LIBRO QUE TODOS LEERÁN
¡VAYA UNA GUERRA!
por Mary Lee
DOS VOLUMENES, 800 páginas 10 Ptas.
OBRA PREMIADA CON 250.000 Ptas.

LA LEGÍTIMA MISS AMÉRICA

Nació estrella por derecho propio. Y por herencia, artista teatral. Rodaron su cuna y su infancia por todos los caminos de la nueva América. En el carro de los cómicos ambulantes fué su nacimiento como un rayo de más dorado sol. A través de las rutas asoleadas se le hizo familiar el sonoro idioma español de su madre. Y con su padre representó sobre las tablas — ¡las vueltas que el mundo da, Santo Cielo! — comedias de Shakespeare, en inglés.

De Shakespeare fué el primer papel que representó en las tablas. Tenía ella cuatro años... o tal vez cuatro meses. Era ya «Bebé», el «bebé» del carro ambulante, la niña mimada de la compañía. Ahora ya no representa a Shakespeare. Pero continúa siendo Bebé.

Es una ingenua todavía, siempre... Una «flapper», que dicen allá, en el idioma heredero del de Shakespeare. (Y en Shakespeare mismo: Catalina, Porcia, Miranda, Isabela, ¿no son «flappers» geniales?) Mas Bebé, como es, además de linda mujer, linda sombra, como no pertenece sólo al limitado mundo nuestro, sino, por añadidura, al mundo de la pantalla — prolongación, difusión — es más que «flapper». Es... «superflapper». Que sólo en el cine, por el cine, se logra el auténtico superrealismo.

¡Y vaya si es «super» nuestra Bebé Daniels! ¿Quién creará, viéndola, que no sea hija de un multimillonario? Armiños, sedas, gasas, la cubren... Su gesto es entre cándido y altivo. El volante del auto le es familiar. Manejándolo, corre, desafía a los guardias de tráfico. Corre también con sus finas piernas ágiles. Y nada como una sirena. Y monta a caballo. Y tira al florete. Y juega al tenis, y al golf, y hasta al fútbol.

Todo esto invariablemente. De modo invariable, a cada nueva cinta, se pelea con su novio, y es la pesadilla de su papá, un rico banquero... ¡Bebé Daniels! Con su gesto de princesa altiva, con sus armiños, sus plumas y sus perlas, con su ascendencia española y sus primeras letras shakespearianas, Bebé no deja de ser, esencialmente, la personificación de la moderna chica americana. Esa chica, que, como en América es dueña de todo, es como si fuera América misma.

El Impertérrito.

El gran Buster Keaton sigue imperturbable su camino. Sin dar importancia «ni a Sevilla ni al Guadalquivir», ni a la crisis financiera, ni a la agitación política. Sin detenerse en su imperturbabilidad. Nada le alegra; nada le espanta. Cuando tropieza no cae ni salta, se desdobra. Es el Impertérrito. Desconoce el valor y el peligro de la línea curva. Rostro, ademán, figura, sentimiento, es, en él, línea recta: mejor, quebrada.



Pero nunca mixta. Todo en la labor de este astro cómico puede reducirse, traducirse, a un valor geométrico. Es el hombre-ángulo.

Su impasibilidad oculta, sin embargo, un corazoncito — ¿también — acaso — cubista? —. Si anda tanto, si no ríe nunca, es siempre por una mujer. Más exactamente: por una doncella romántica. (Romanticismo: línea curva, en todo su esplendor magnífico.) El amor de la muchacha es el que le obliga a uno, dos, tres, cien, mil, desdoblamientos. No importa, no importa. ¡Adelante, siempre adelante, Navegante, Cameraman, Comparsa de las penas de amor perdidas!

Adelante... sin aceleramiento. Y sin volver ni ladear la cabeza. Ni a derecha ni a izquierda.

¿Cómo pueden hallarse dos líneas paralelas? Muy sencillo. Es la doncella quien da media vuelta a un recodo y, ¡paf!, cae, de manos a boca, en los brazos del enamorado. El alza los ojos al cielo, en acción de gracias. Se ruboriza, levemente. Endereza su sombrerillo, por un instante a punto de perder la estabilidad con lo brusco del encuentro. Y, ahora del brazo de la dama, como antes solo, continúa su camino, siempre impertérrito.

FELIPE CENTENO

REFIRIÉNDOS a los grandes maestros del cinema, nos ocupábamos en un número anterior de King Vidor. Quidáramos hoy, continuando el trabajo que nos hemos impuesto de propagar entre nuestros lectores los nombres de los principales directores, a la par que indicar brevemente sus principales características técnicas y psicológicas, hablar de Josef von Sternberg, indudablemente, hoy por hoy, una de las figuras más prestigiosas del cinema actual.

Precisamente la reciente presentación de su film «Marruecos» ha puesto de actualidad la sugestiva personalidad del célebre director austriaco que trabaja en Hollywood por cuenta de la «Paramount», y aunque este film, que ha sido muy discutido, no es, ni mucho menos, el más representativo de su autor, nadie negará que tiene el valor suficiente para atestiguar una vez más el talento de Sternberg. Pero no nos anticipemos.

Hemos dicho que Sternberg es austriaco. Cuenta hoy treinta y ocho años. De muy pequeño tuvo que emigrar a América, pero, cuando ya mayor, pudo volver a su país natal para adquirir en la Universidad de Viena una sólida cultura general. Su innata inquietud le llevaba — por allí al año 1920 — de nuevo a América,

en donde por aquel entonces ponía por primera vez los pies en unos estudios; allí, durante más de tres años, debió llevar una vida completamente oscura, hasta que Chaplin le ofreció la oportunidad de realizar su primer film: «Salvation of unferas», película que no llamó para nada la atención.

Sternberg tiene una voluntad inexorable de trabajo y de lucha y no se desanimó, ni mucho menos, hasta que pudo realizar «La ley del hampa», que, como todo el mundo recuerda, obtuvo un éxito rotundo, un éxito de público y de crítica. El nombre, hasta entonces oscuro, de su autor, de un día al otro se encuentra elevado a la más alta celebridad.

«La ley del hampa» venía a rejuvenecer el viejo film de «gangsters» que parecía completamente olvidado. Una fuerza indomable en la expresión, un dominio perfecto del ritmo cinematográfico; «La ley del hampa» se impuso como una obra maestra que fué después repetidas veces imitada por el mismo autor en «La redada», y por otros directores, que pusieron en boca otra vez los films policíacos.

No pudiendo citar todos los films de Sternberg, ni hablar detenidamente de ellos, creemos preferible citar los dos más capitales y atenernos, por el resto del presente artículo, a concretar las dominantes psicológicas de sus concepciones,



LOS GRANDES DIRECTORES

Josef von Sternberg

aquellas características más fundamentales, que aparecen como motivos básicos en todas sus creaciones. Para ello, nos servimos del examen de los dos films más característicos, que son: «Los muelles de Nueva York» y «El mundo contra ella».

Sternberg es un artista y, como tal, un apasionado del espectáculo de la vida, solamente que su peculiar temperamento le lleva de preferencia hacia los espectáculos sombríos y patéticos. Le interesa la vida de los que sufren, de los que viven hundidos en la abyección y en la miseria, lo mismo material que espiritual. Los bajos fondos sociales son el escenario de sus dramas, de los cuales se desprende siempre una sensación de fatalidad dolorosa e inexorable.

Sternberg es un artista, repetámoslo, y, por lo tanto, un hombre de fe. Si se complace en los espectáculos más agrios es como artista, y su talento consiste precisamente en descubrir, en poner a flote, una poesía latente en todas aquellas vidas oscuras que se arrastran por el barro.

Además, le encanta el espectáculo de la fuerza. Los caracteres anónimos, las almas medianas no le interesan.

El es quien ha creado el tipo superlativamente varonil de George Bancroft, y con Eve-

lyn Brent nos ha dado una insuperable impresión de altanería.

Sus obras están llenas de dolor y de verdad. Sternberg quiere reflejar su mundo con fría objetividad, más allá del bien y del mal, pero sus películas mueven la piedad y un intenso sentimiento profundo y humano a través del cual no parece sino que la vida más abyecta se ilumina con destellos de belleza y de bondad.

En la concepción y realización de sus obras, Sternberg ha mantenido siempre una perfecta independencia de espíritu. Parece estar muy celoso de esta libertad y no titubea en hacerse desagradable al gran público con tal de mantenerse fiel a su credo artístico.

Esperamos ver pronto sus últimas producciones, «Fatalidad» y «La tragedia americana», con la esperanza de que ellas han de ser otras tantas confirmaciones de su talento ejemplar.

Recordaremos que esta última fué empezada por J. M. Eisenstein y abandonada su realización, después, por no haber podido llegar a una inteligencia completa con la casa productora. El asunto está extractado de una novela que se cuenta como uno de los éxitos más fulminantes en los Estados Unidos.

J. PALAU

JUAN DE LANDA

BOCETO DE RETRATO. — Sabíamos, por noticias de los Estados Unidos (la carta se publicó en esta revista), que Juan de Landa salía para Europa el día 4 del pasado noviembre. Supimos luego que, por el deseo de ver el combate de Paulino Uzcudum, del que es íntimo amigo, retrasaba su viaje. Pero todo esto lo sabíamos por indicación de nuestra corresponsal en Nueva York, Mary M. Spaulding. Según sus noticias, iba a París y más tarde vendría a España. Así fue, pero su estancia en aquella capital duró muy poco, pues antes de lo que suponíamos llegó a Barcelona. Al saberlo, fuimos inmediatamente a saludarle en unión de varios compañeros de prensa cinematográfica.

Confesemos que esta diligencia, este interés por conocer a un artista que actúa para la pantalla, no es norma nuestra, tal vez por haber conocido muy de cerca e íntimamente a gran número de actores de teatro y también a algunos de cine, y saber que no es la ponderación, sino el engallamiento, o mejor aún, el empavoreamiento (perdónese el vocablo), la cualidad o dote que más comúnmente les adorna. Pero esta vez, por encima de esta convicción y de nuestra norma, estaba no solamente el interés del público, al que siempre quisiéramos satisfacer, sino también el placer de conocer personalmente al que supo encarnar tan magníficamente el «Butch» de la versión española de «El presidio».

HOTEL Ritz. Elegantes y bien peinados criados.

Agradable temperatura. Muelles alfombrados. Allí, en el «hall», está don Juan de Landa. Le rodean ya otros periodistas, más diligentes o desocupados que nosotros. También están algunas figuras importantes de la cinematografía: el señor Edelshtein, gerente de la «Metro-Goldwyn» en España; el señor Meseri, que lo es de la «Paramount»; el señor Cinamon, de la «Universal», y otros más, cuyos nombres no recuerdo en este momento, y otros que no conocemos. Presentaciones. Unos apertivos. Conversación general, muy superficial, muy superficial. Entretanto, nosotros observamos al hombre físico, porque al espiritual no es posible observarle. Juan de Landa es recio, sólido, macizo, corpulento, a la par que fino y delicado. Contiene sus nervios, que no le dejan reposar las manos, con una no pequeña dosis de educación, de cortesía, de mundanidad. Sus ojos penetran y como al desgarre nos escudriñan a todos. Su frente es amplia. Sus arcos superciliares, llenos, expresivos, se juntan con gesto de energía y concentración momentánea, porque su recia voluntad y su mundanidad le dicen que es hora de nadar, de a flor de piel. Juan de Landa es feo, pero de una fealdad estética, porque tras de ella se descubre una inteligencia, una recia voluntad, un carácter. No es un galán lindo, es un hombre, con todo lo grande y alto que esta palabra representa.

Cuatro ocasiones más hemos tenido y aprovechado para estar y hablar con Juan de Landa. Cuando estábamos en grupo nos ha contado anécdotas, propias y ajenas, de su vida y de los estudios, muy interesantes y divertidas, pero a nosotros nos ha cautivado más su sencillez, su austeridad, su honradez, expuestas sin trabas, aunque casi sin querer, en conversaciones más íntimas, más solas. Nos habla de sus luchas, de cuán bien con él se portaron los norteamericanos, de la buena acogida que tuvieron allá los de habla española y como un estribillo repite: «A los norteamericanos les hemos vendido mucho plomo por plata.» Su hombría de bien se duele de esto, porque en último resultado, según él, quien ha salido perdiendo ha sido la cinematografía de habla española. De pronto aparece el buen amigo y nos dice: «No deje de hacer saber que a Paulino le robaron el último match. Todo el público protestaba el fallo. El juez tuvo que salir escoltado por la policía.» Vuelve a hablarnos de la cinematografía española. Está convencido de que triunfará, de que el mercado es amplio



Para "Film Selecto" con un cordial saludo al público español. Juan de Landa.

y seguro, de que aquí se puede hacer lo que en cualquier otro lado, pero, observa, hay que hacer películas, PE-LI-CU-LAS.

¿El acento? ¿La pronunciación? Lo que importa es que el actor tenga de aquí y de aquí, y señala enérgicamente el cerebro y el corazón.

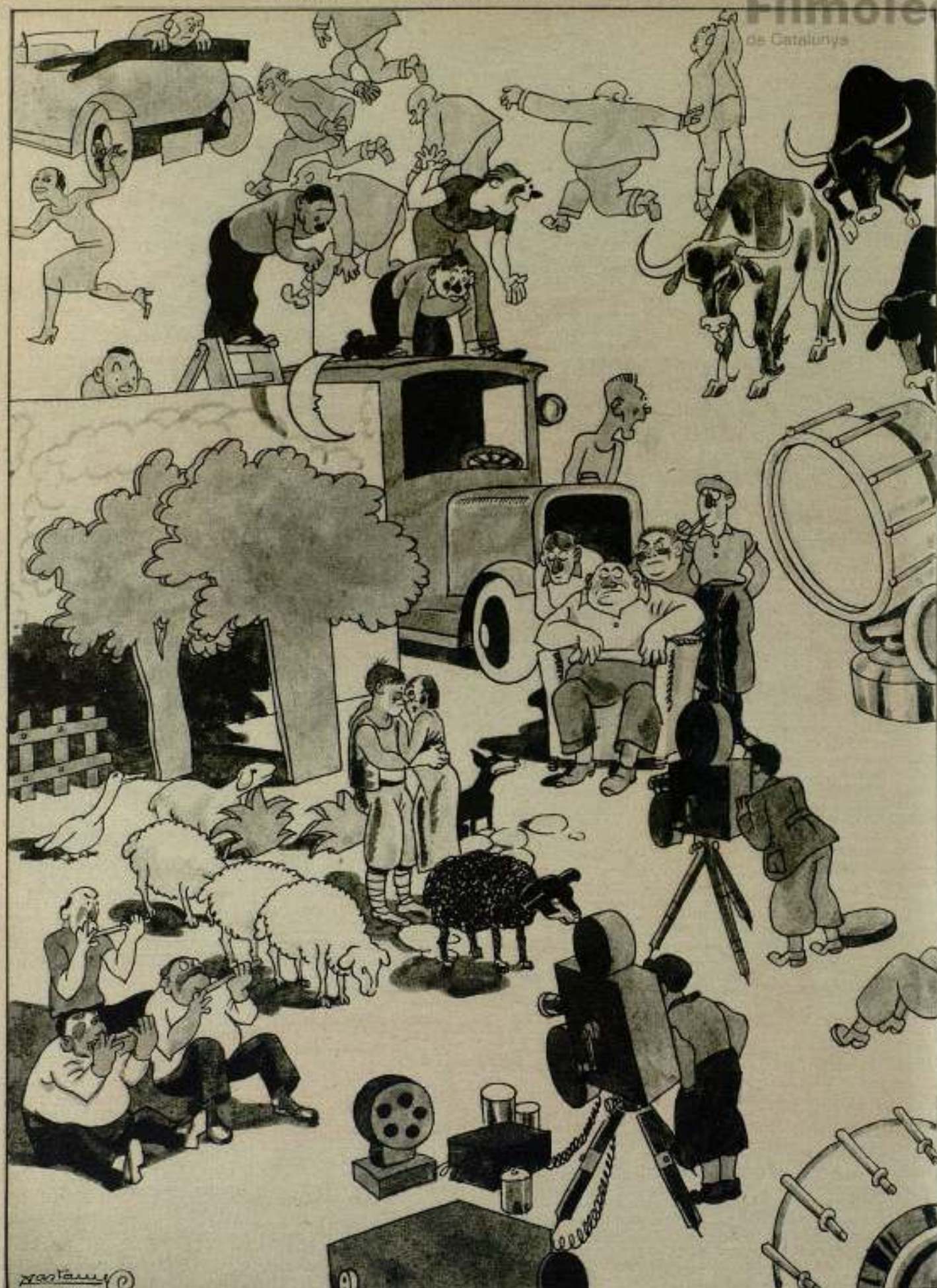
¿El diálogo? Ha de ser diálogo, no sarta de palabras y además ha de ser lo más comprimido posible. Acción. Acción. Acción. Imágenes gráficas, más que imágenes literarias.

¿Proyectos? Actuar personalmente muy pronto, en enero próximo, ante el público español, regularmente primero en Madrid, luego en Barcelona, después..., tal vez en otras capitales.

¿Otros proyectos? Hacer una película de argumento y diálogo de Martínez Sierra con Catalina Bárcena y Paulino Uzcudum, pero de esto ya os hablará más extensamente nuestro colaborador Germán Gómez de la Mata.

Este es a grandes rasgos, y según yo he visto, Juan de Landa, el artista de Motrico (Gipúzcoa), que antes triunfó con sus cantos en los escenarios y al que todos admiran hoy por lo muy intensamente que ha sabido hacer sentir con su «sombra» en la pantalla. Yo, al darle la bienvenida y ofrecerle otra vez, desde estas páginas, ya que antes lo hice personalmente, mi amistad leal, sólo deseo que en este boceto de retrato que he intentado hacerle, se encuentre siquiera un poquito parecido.

TOMÁS G. LARRA



Uno de los fotógrafos pregunta al director. — ¿Rodamos ya?
Uno del automóvil, viendo los toros. — Todavía no, pero rodaremos inmediatamente.



Anna May Wong, de Paramount

MARY PICKFORD ANTES... Y AHORA

Crónica de los Estados Unidos
(Especial para "Films Selectos")

por MARY M. SPAULDING



Esta foto, tomada en el año 1927, en los estudios de Mary Pickford muestra a los esposos Fairbanks-Pickford y a nuestra redactora en los Estados Unidos Mary M. Spaulding.

Mary Pickford espera la llamada del director Sam Taylor, para rodar una escena de la nueva versión de «Kluge».

En el año de 1927 conocí personalmente a Mary Pickford. Representaba para mí, desde pretéritos tiempos, el sublime ideal. Era la princesa encantada de todos mis cuentos; la heroína de todas mis leyendas. A través de cualquier bello libro, la figura dulce y exquisita de Mary surgía, monopolizando las páginas y absorbiendo mi atención. La ilusión más preciada que llevaba en mi bagaje sentimental cuando encaminé mis pasos a Hollywood, era conocer a Mary. Oír su voz. Convencerme de que en realidad existía, «en carne y hueso»...

Pero la vida periodística es accidentada. Viviendo relativamente cerca de la Novia de América, la oportunidad, esquivada, hula de mi lado. Y con pavor veía pasar los días y los meses, sin enfrentarme con mi favorita actriz.

Las demás luminarias de Hollywood asistían a todos los saraos. Era fácil encontrarlas en los restaurantes de moda; en los estrenos de las películas; en sus lujosos autos, por los boulevares de la Meca del séptimo arte. Pero Mary, diferente a las demás, se mantenía en su torre de marfil...

La mansión de los esposos Fairbanks-Pickford, cordial y hospitalaria para el pequeño grupo de sus amigos, muchos de ellos personajes nobles que llegaban de allende los mares, permanecía siempre cerrada al estrépito de las fiestas y orgías de que goza fama aquel rincón de California...

Un día, por fin, la conocí. Fué una pre-

cabello... Total, esta determinación en nada aumentaba el valor que Mary tenía ante mis ojos y los del mundo entero. Pero era un gesto tan superior a las claudicaciones del siglo, que le daba un raro prestigio.

Un nefasto día supe la noticia de la muerte de la madre de Mary. Este fué un golpe que alteró toda la vida de la actriz. La material y la moral. Proverbial era el afecto, la ternura, que Mary sentía por la autora de sus días. Más que amor filial, era fanatismo, devoción absoluta...

Ciertamente Mary le debía todo a la madre. Aquella buena señora, viuda, pobre, sin apoyo de ningún género, sostuvo a sus tres hijos a fuerza de trabajos y abnegaciones sublimes. Y Mary llegó a la envidiable posición que hoy ocupa gracias a esta madre cariñosa y atenta al progreso de la niña prodigio.

El dolor agudo de Mary cambió por completo su vida. Como si una vez la madre lejos del hogar, los clientes de la dicha se tambalaran en sus bases...

Y tras este golpe rudo, comenzaron los rumores de la nube que se cernía sobre la felicidad conyugal de los esposos Fairbanks-Pickford.

Cada comentario tendía a asegurar la disolución de la unión. Los artistas llamados «rey y reina del cinematógrafo», se encontraron, de pronto, enredados en consejos del arroyo...

Mary, tan tranquila, serena, segura de sí misma y aferrada a las viejas tradiciones, comenzó de pronto a cambiar; para la filmación de la película «Coqueta» rodaron las doradas trenzas arcaicas, y, en una suprema rebeldía, la niña buena y cándida se vuelve mujer de picantes atractivos; ojos alargados por la magia del pincel..., labios húmedos y bermejos; cuerpecito cimbreante, atrevidamente llamativo bajo el imperio de los tules...

Una mujer nueva que reemplazó a la chiquilla. La «mujer», quizás, necesaria en la vida de Douglas.

¿Quién ha dicho que los maridos no se cansan de mujeres cándidas y tranquilamente serenas, aunque sean estrellas de cine y tengan el título de «Novias del mundo»?

¿No fué el cambio un esfuerzo supremo para disipar la nube de consorcio, si es que la había, asegurándose valientemente la felicidad? ¿Fué, acaso, para ahogar en la inocente orgía de unas horas de alegría ficticia, rodando con la moda



Mary Pickford en «Dorothy Vernon»

y el siglo, las pennas que encerraban su corazón? No sé. Pero parecía como si Mary hubiese cerrado definitivamente las puertas que conducían al pasado, dedicándose a interpretar en el presente, aquellos papeles que corresponden con la era de sofisticación y locura... «Pollyana» le dejaba el puesto a «Coqueta»...

En estos dos títulos estaban las dos personalidades de Mary. La primera, encarnación de la abnegación, los instintos maternales, el almita llena de dulzuras y sufrimientos. La segunda, la norma de la película en cuestión, síntesis de la muchacha voluntariosa, mariposa ansiosa de quemarse las alas en el fulgor mentiroso de todas las lámparas...

Pero ni aun al surgir esta nueva Mary Pickford cesaron los comentarios. El público ha estado en impaciente expectativa, con los oídos alerta y los corazones palpitando, esperando un golpe formidable que separe a las dos más importantes figuras del cinematógrafo... Mary y Douglas, mientras, han vivido al margen de la felicidad, con la intranquilidad que produce saberse objeto de comentarios que rompen la tradición de lo que eran y lo que representaban en Cinelandia...

Hoy, en un té privado, al cabo de dos años, vuelvo a ver a Mary Pickford. Siempre atractiva y bella. Pero por sus ojos de almendras pasan leves ráfagas de soledad espiritual... Cuidadosa de cuanto dice, quiere dar la impresión de que aun se sostiene en el pedestal de la felicidad...

Cansada al momento de jugar el papel de coqueta ligera, ha vuelto a la serenidad casi plástica que la caracterizó siempre... Sus cabellos, aunque cortos, se recogen sobre la nuca modestamente. Y habla de hacer «una película

la más» para dejarle una impresión favorable a su público.

Mientras la he observado en esta tarde neogorgulana, fría y húmeda de niebla, he pensado que es patética la vida de una mujer millonaria, famosa, atractiva, a quien nada debía faltar para la felicidad completa, y que, no obstante, lucha desesperadamente para convencer a los demás de una dicha que ha escupido de sus manos... Douglas, el marido que hace seis o diez años lamentaba la separación de su mujercita que se

(Continúa en la página 24)

Graciosa escena de la película
"Gran Gala Travesti", alta co-
media que tiene por escenario
y motivo el famoso y tradicional
bailé de la Ópera de Viena,
y de la que son protagonistas
Ivan Petrovich y Liane Haid.

Filmoteca
de Catalunya

EL CINE Y LA MODA



Lilyan Tashman, artista de la Paramount, tiene la fama, bien merecida, de ser la mujer que mejor y más elegante viste de cuantas aparecen en la pantalla. Lo que no todo el mundo sabe — nosotros lo descubrimos hace muy poco — es que también la gentil Lilyan es una decoradora de gran gusto. Su palacio de Hollywood es un portento de amplias habitaciones ricamente amuebladas, y tanto los detalles arquitectónicos, como los decorativos, se deben al lápiz ingenioso de la bella artista. Las fotografías nos muestran a Lilyan en dos habitaciones de su casa luciendo una elegante bata mañanera y un traje de recibir visitas.

Fotos Paramount exclusivas para esta revista



La casita vista desde el jardín.
(Foto exclusiva estilo de M. Revuelto.)

JOAN CRAWFORD



Los artistas en la intimidad



Comedor visto de hierro
que da vista al mismo.

La casa de los esposos Fairbanks Crawford



Un acogedor salón de música y lectura.

DOUGLAS FAIRBANKS (hijo)



El elegante y sencillo dormitorio.



Salón para recibir visitas íntimas.





MUJERES BONITAS

Greta Granstedt, nueva artista que actuará próximamente en películas de Los Artistas Asociados

B
O

A
no
sin

ca
ta
de
de
En
con
en
la
ma
Ka
bo
«E
en
wa
a
de
«E
Da
rol
do
fro
Me
no
wo

co
le
cu
co
en
de
ge
rio
de
mo
los
gu
fa
pa
ha

me
qu
ac
he
la
Ta
m
en
es
se
na
te
ve
m
g
m
m

la
lo
ta
la
fin
po
te
ca
ce
«E
de
da
de
he

BUSTER KEATON

O DE LA INCONSTANCIA A LA FIDELIDAD

ACABAMOS de leer una curiosidad cinematográfica que nos parece algo más que una simple curiosidad.

«Pamplinas o la inconstancia», dice el título. Y en la nota vemos que la inconstancia de Buster está en la elección de «partenaires» para sus films. En efecto, Buster ha tenido una compañera de trabajo distinta en cada obra: en «La ley de la hospitalidad», a Natalia Talmadge; en «El navegante», a Katherine Mac Guire; en «El boxeador», a Sally O'Neill; en «El general», a Marian Mark; en «El colegial», a Ann Carnwall; en «Las siete ocasiones», a Ruth Dwyer; en «El héroe del río», a Marion Byron; en «El cameraman», a Marcoline Day; en «El comparsa», a Dorothy Sebastián; en «Estrellados», a Raquel Torres; en «De frente... marchen», a Conchita Montenegro, y en «¡Pobre tenorio!», a Charlotte Greenwood.

Hay en la noticia un breve comentario que también se sale de los banales límites de lo curioso. Este hombre tan inconstante en la pantalla, es, en la vida privada, un modelo de fidelidad. Natalia Talmadge, su esposa, tiene en él un marido que no ha cambiado desde los primeros días de matrimonio, esos días en que todos los maridos son buenos. Y si algún cambio ha habido, ha sido favorable, que no en balde han pasado años de convivencia y han venido los hijos.

Por asociación de ideas, hemos recordado la última visita que Buster Keaton nos hizo. Le acompañaban su esposa y la hermana de ésta. ¿Quién es la hermana de ésta? Norma Talmadge: la gran artista Norma Talmadge. Apenas si nos enteramos. Veíamos sólo una estrella: Buster. Él era quien se entregaba, con heroica resignación, a los coros de reporteros. Él era quien posaba ante veinte cámaras fotográficas al mismo tiempo. Él era quien iba y venía entre la marejada de la multitud curiosa. Él, y nadie más que él.

¿Acaso Norma, la veterana, la maestra de estrellas, uno de los más brillantes ejemplos del talento femenino en el arte de la pantalla, no merecía compartir con su cuñado el entusiasmo popular? ¿Acaso no era bastante ser esposa del héroe — el caso de Natalia — para aparecer en primer término con él? ¿Nos sorprendería esto después de conocer los casos de tantas damas que han surgido al mundo de la fama del brazo de sus heroicos maridos?

Aquella actitud fué, para nos-



otros, una revelación. Faltando a nuestros deberes informativos, olvidamos a Buster para mirar por encima de la masa de entrevistadores, apiñada en torno de él, aquellos dos rostros de mujer, disimulados en la penumbra con una expresión de dulce modestia. Y nos pareció comprender el porqué de aquel silencio, de aquel segundo término al que voluntariamente se relegaban. No veíamos a la heroína y a la estrella de cine, sino a la esposa de Buster y a la hermana de los dos. Y una segunda asociación de ideas nos hizo imaginar una escena familiar muy frecuente: la esposa ha suspendido por un momento sus ocupaciones caseras para despedir al marido. Se acerca a él, le arregla la corbata, le alisa la pechera de la camisa y le da un tironcito de la americana para que desaparezca la arruga de los hombros. Quiere que se luzca, que todo el mundo vea en su esposo un hombre gallardo y elegante. Le acompaña hasta la puerta; luego sale al balcón, desde donde le arroja un beso con la mano. Después vuelve a sus humildes tareas, satisfecha y feliz, como quien considera cumplidas todas sus aspiraciones.

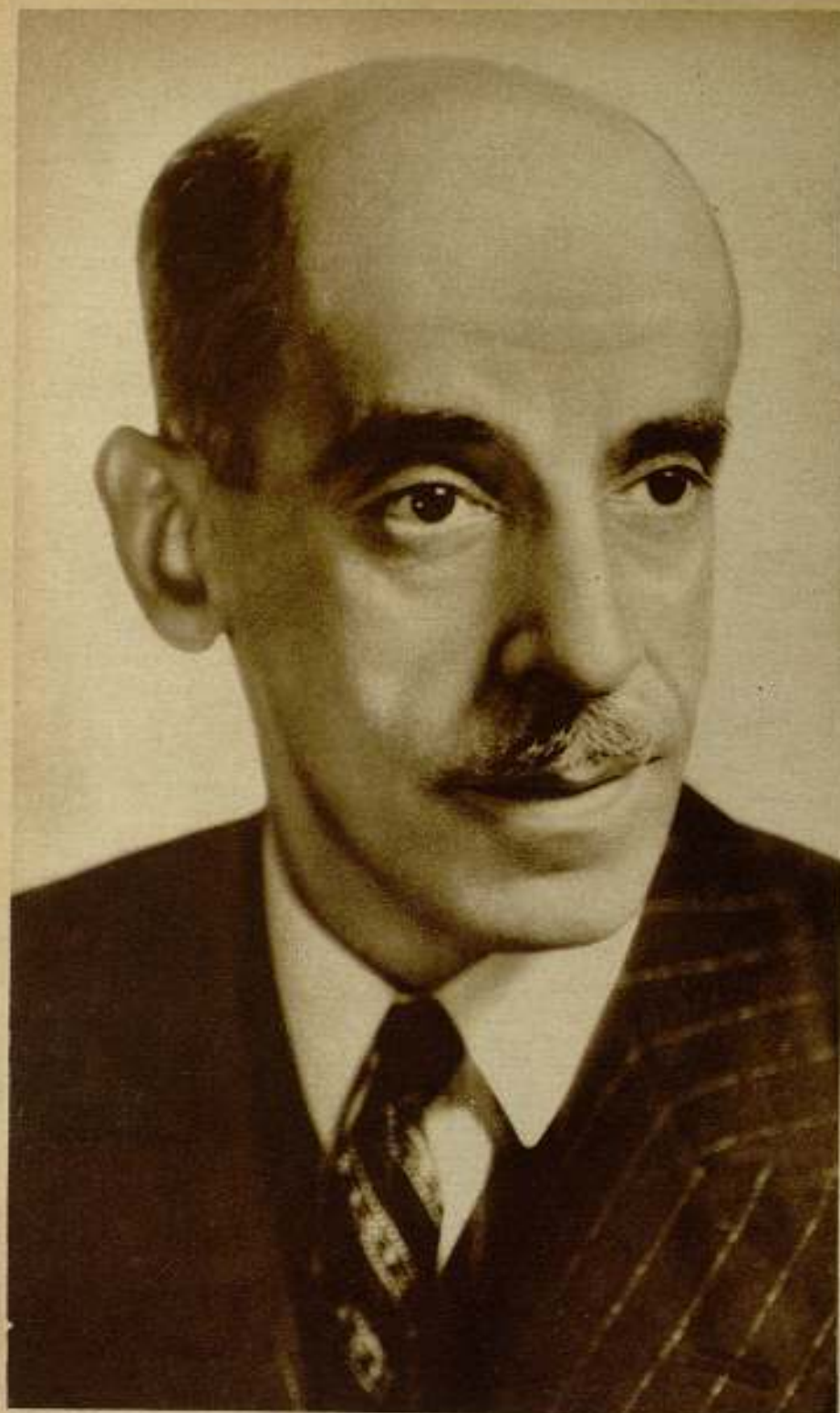
«Así — pensábamos — debe de obrar en la dulce intimidad de su hogar esta mujer que se retira a la penumbra de un rincón mientras su marido permanece en el lugar más visible. Y Norma, la hermana, es eso, hermana, sobre todas las cosas, y ni siquiera su pasión de artista, de gran artista, pueda imponerse al propósito de no abandonar a Natalia en la penumbra de su abnegación.» Ahora, al evocar todo esto, creemos comprender por qué Buster cambia de «partenaire» en cada película. Acaso desde el fondo de su subconciencia, una voz le dice que ni siquiera en la pantalla debe ser infiel a su fidelísima esposa.

Esto representa, seguramente, un sacrificio para el artista. «Pamplinas», como todos, deseará sin duda que su compañera de trabajo esté compenetrada con su modalidad artística. Pero Buster se impone a «Pamplinas» y le dicta un proceder contrario, de buen esposo. Es un magnífico ejemplo para los que tienen una «partenaire» fija y una esposa cada seis meses.

Pero lo más sorprendente es que este ejemplo lo tenga que dar un hombre cuya misión es hacer reír y que tiene un apodo tan despectivo como el de «Pamplinas».

Brindamos esta contradicción a esos graves señores que consideran la risa como una manifestación inferior del ser humano, a esos caballeros que sólo han sabido ver un «pobre gancho» en el hombre de la faz imposible, ejemplo de buenos artistas y de mejores maridos.

J. B. VALERO



GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

MARTINEZ SIERRA Y CATALINA BÁRCENA FUERON REQUERIDOS A SEGUIR FILMANDO EN HOLLYWOOD

Gregorio Martínez Sierra, el exquisito literato, y Catalina Bárcena, la justamente celebrada actriz, han regresado a Europa con extensos e interesantísimos planes para la futura producción cinematográfica en castellano. Allá dejaron afectos y admiraciones, profundas amistades y adhesiones leales, no de contaduría, ni de sección publicitaria, sino reales y efectivos. Como prueba de ello reproducimos el siguiente

te artículo publicado en el magnífico rotativo de habla española "La Prensa" de Nueva York.

Pocas horas antes de partir el sábado, rumbo a Europa, el «Ille de France», llevando a bordo a la insigne actriz española Catalina Bárcena y al ilustre dramaturgo don Gregorio Martínez Sierra, después de varios meses de permanencia en Hollywood, hacíanse aún esfuerzos por varias empresas para retenerles en el país. La excepcional acogida que ha tenido la película «Mamá», de la que fué protagonista Catalina Bárcena y dirigida por Martínez Sierra, tanto en los países de habla española como en los altos centros profesionales de Hollywood, ha rodeado al autor de «Canción de cuna» de una autoridad que, a las claras, es aquí ya única en materia de cine hispano.

Martínez Sierra, por su parte, ha logrado en sus meses de labor en los mejores estudios de la Meca del cine una absoluta y comprobada penetración en todos los secretos de la gran industria — así en sus aspectos artísticos, no nuevos ya para él, como en sus fases puramente industriales —. Y el resultado, puesto concluyentemente en evidencia en la película «Mamá», dejó ya consagrado aquí — por encima de las ruinas de tantos prestigios de la escena y de la literatura hispanos como han fracasado en el llamado «cine español» — el nombre del delicado, intenso y dúctil artista que es Gregorio Martínez Sierra.

Rehuyendo él, con grata sonrisa, los alardes de publicidad que habrían rodeado su paso por Nueva York, dedicóse los últimos días a ver teatros, a «enterarse» de las más nuevas películas... y a eludir ofertas de las empresas. A bordo ya, perseguido aún sus representantes.

Pero Martínez Sierra decidió irrevocablemente partir. Lo mismo había resuelto, desde que terminó su admirable labor en «Mamá», la gran actriz y la sensitiva y deliciosa mujer que es Catalina Bárcena. Para ella, ante todo, ahora ya, eran los suyos que le esperan, hace muchos meses, en Madrid.

—Yo, por mi arte y para no causar perjuicios a nadie — repetía Catalina —, estaría dispuesta a seguir aquí. Pero tengo primero que irme a mi casa a pasar unos días siquiera con los míos... Es ya demasiada separación y nada puede compensarme de estar más tiempo sin ellos... —

Pero Martínez Sierra al partir tenía ya la seguridad de que, en París — estudios de Joinville de la «Paramount» — o en Hollywood por cuenta tal vez de otra gran compañía, la magnífica realización artística cinematográfica española que el público aplaude en «Mamá», volverá a repetirse con más amplias perspectivas aún. El autor de «El reino de Dios», identificado hasta la obsesión con su nuevo medio de expresión artística — el cine hablado — distinguió categóricamente del pesimismo que casi todos los actores, autores, directores y empresarios que pasaron por aquí — de retirada — manifestaron sobre el porvenir del cine español.

—No hay nada de eso — manifestó categóricamente «don Gregorio» —. Los estudios suspendieron los trabajos, sencillamente, porque produjeron tan de prisa al principio que todos tenían exceso de películas para la posibilidad de con-

sumo del mercado de habla española. Eso es todo. Una vez agotadas las películas en existencia, volverá a trabajarse. Y se trabajará más y, debe esperarse, mejor también que antes...

Martínez Sierra, excepcionalmente — como Catalina Bárcena, invariable en su gentileza y bondad para con todos, absolutamente todos sus compañeros de arte — no abunda de los actores de habla española que han actuado en Hollywood. No elude las críticas inevitables: pero pone rotundamente la responsabilidad donde corresponde.

—Aun con esos actores que algunos declaran tan malos, en mi opinión, lo difícil fué hacer esas películas que se califican de pésimas. Con esos mismos elementos, bien dirigidos y aprovechados, se podrían haber hecho películas aceptables. No es verdad que se careciera de medios para hacer buen cine español aquí...

—Pero ¿pueden ser negocio las películas españolas? — preguntamos.

—Ya lo creo. Lo han sido, sin ir más lejos, varias de las mismas que se han hecho hasta ahora. Y si, por ejemplo, una película de Chevalier, con títulos españoles, ha producido una fortuna en España, ¿cómo no han de obtener buen resultado financiero, buenas películas en español? La cuestión está en hacer buenas películas y está demostrado que es perfectamente posible hacerlo. En cuanto a capacidad de nuestros públicos, es suficientemente grande ya y será con el tiempo mucho mayor...

—¿Es usted, entonces, optimista sobre el porvenir del cine español?

—Absolutamente. Con menos elementos, con menos experiencia y con menos preparación, «Mamá» ha merecido elogios de los más autorizados representantes del cine americano, no como una buena película española, sino como una producción de calidad comparable con las películas de más categoría de aquí...

Martínez Sierra evoca sus meses de Hollywood con intensísimo interés. De allí trae recuerdos de apasionante tarea, de días y semanas consagrados a preparar su producción después de un estudio incansable de cada detalle, de todas las fases, del último de los resortes de la cinematografía norteamericana. Y sus elogios para lo que es ya Hollywood, son sinceros y razonados. Va a París con proposiciones excelentes. Dirigir por el momento — según unas — un grupo de películas propias en Joinville; hacerse cargo en total de la producción general de aquel duplicado, en pequeño, del Hollywood californiano; o, después de una visita a Europa, retornar rápidamente aquí para empezar a producir en Hollywood.

En torno al dramaturgo madrileño se han movido grandes empresas cinematográficas, deseosas de retenerle. Pero parte, con un plan de absoluta libertad de acción mientras descansa, hace planes por sí mismo y se decide al fin. Una cosa es cierta: Martínez Sierra — y su admirable primera actriz, Catalina — han entrado al cine por la puerta grande, que aquí es la puerta de oro...

Reflejo de su posición en el mundo artístico norteamericano, ha sido la oferta — de dos empresas distintas — de un teatro de Broadway para que la Bárcena apareciera en una obra de Martínez Sierra, traducida al inglés. Catalina sería, naturalmente, la primera actriz de la compañía y el recuerdo — que se ve no ha pasado — de sus maravillo-



CATALINA BÁRCENA

sas interpretaciones del Forrest Theatre, hace cuatro años, asegura que Nueva York iría a admirarla en la escena inglesa para comprobar si los espléndidos juicios críticos que mereció su talento genial en la temporada española de entonces, eran acertados o no. Catalina, modesta, suave, sonriente con una sonrisa de niña ignorante de su propio valer, contestaba a todos los tentadores ofrecimientos.

—¿Pero trabajar yo, en inglés, dentro de unas semanas? Eso es imposible, imposible... Estos señores que me lo proponen son demasiado amables y me juzgan capaz de más de lo que soy... Tal

vez con más tiempo, si el papel fuera muy corto... ¡Quién sabe de todos modos! Eso es muy serio...

Pero Martínez Sierra, admirador de ella como el más admirador de sus admiradores del público, ciego creyente en las posibilidades escénicas, en el talento, en la intuición artística, de Catalina, sonreía sutil y confiadamente a todo. Y antes de partir, sin vencer su reserva, dejaba en el ánimo de sus amigos y de los amigos de la genial actriz, la esperanza de que, una vez más, el talento del dramaturgo y la comediante españoles reinen y se impongan sobre el fenomenal Broadway...

WARNER BROS PICTURES
PRESENTA

La fiera del mar

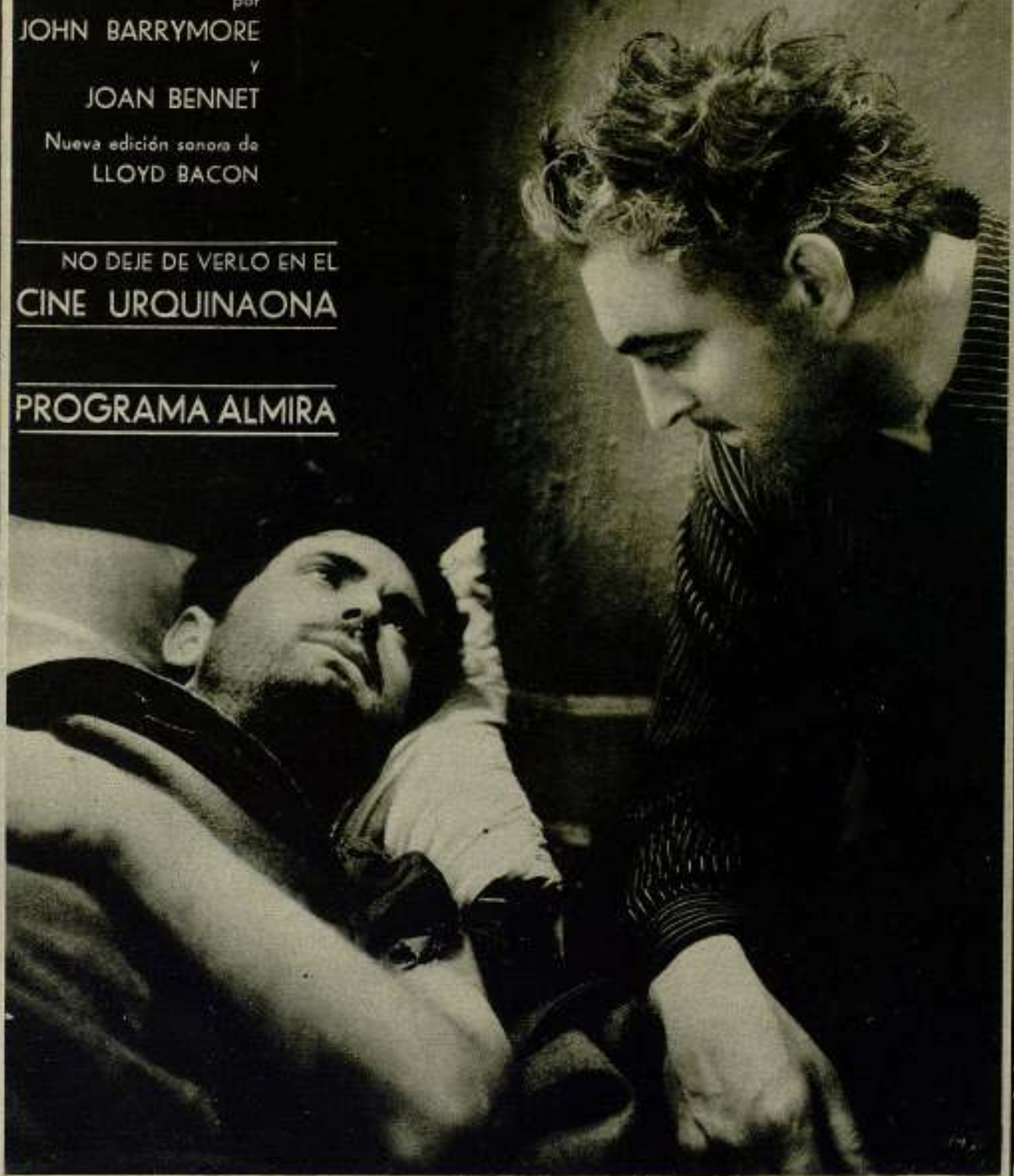
por
JOHN BARRYMORE

y
JOAN BENNET

Nueva edición sonora de
LLOYD BACON

NO DEJE DE VERLO EN EL
CINE URQUINAONA

PROGRAMA ALMIRA



Martín Garrañaga, el actor catalán, visto por su padre

No podemos trasladarnos a Los Angeles, donde nuestro paisano Martín Garrañaga tiene su torre y su coche. Más modestos, tomamos el tranvía y vamos a La Sagrera, en busca de Pere Garrañaga, el catalán trabajador que hace años vió partir a su hijo en busca de aventuras y hoy lo contempla triunfante en la pantalla del cinema.

Pere Garrañaga es un hombreito cenoso, enjuto y simpático. Habla del «noi» como si todavía corréteara por las calles del barrio. Recuerda el buen hombre cuando el «noi» desempeñaba su cargo de tenedor de libros en la casa Mercè y Armet y, orgulloso, llegaba los sábados a la casa «paíral» con la semana para ir a hacer una partidita de dominó al Foment Regional de la Sagrera.

—Pero el noi tenía la «seba» de cantar— dice el padre.

Al mostrarle las fotos de la última producción en que Martín Garrañaga hace oposiciones para estrella definitiva, «La llama sagrada», el viejo nos mira y clava sus ojos al cielo en súplica de triunfo.

El cree en su hijo, como cree todo su barrio. Pero el quería que su fe se extendiese a todo el público cinematográfico. El mismo no se da cuenta de cómo aquel chico que salió de Barcelona, sin saber inglés, hoy ha llegado a impresionar films hablando tal idioma y logra desenvolverse tan lejos de su patria.

—Empezó cantando en la parroquia como barítono. Un día el tenor Balasch le dijo: «Tú no eres barítono... Eres tenor». «¡Que sí!» «¡Que no!» y quedó de tenor. Claro que no fué tenor hasta que dominó su voz el maestro Colomer... Estudió ocho años la carrera de canto y fué compañero de Fleta... El empresario señor Blasco se lo llevó a La Habana... Allí se quedó... No quiso ir a México y con el maestro Baratta alternó con los tenores Mulleras, Marqués, Palet... Entró más tarde en la compañía Brocola... Cantó ópera en toda la América del Sur... «Hernani»... «Car-



Martín Garrañaga, en el papel de protagonista de «Cavallería Rusticana»

men... «Cavallería Rusticana»...

—¿...? — ¡Once años que no le veí!... ¡Es un espíritu aventurero y seguro de sí mismo!... Por aquellas tierras encontró a un amigo, Javier Cugat, que le orientó y ayudó en sus correrías... En San Juan de Puerto Rico, donde se encontró sin contrata, cantó por la Radio y eso le valió el contrato con los Hugueti... Más tarde alternó con Ferret en La Habana y obtuvo su consagración en «El gato montés».

—¿...? — De La Habana a Nueva York. Dos años de cantar en conciertos canciones españolas: «El relicario»... Hasta que fué llamado para impresionar la primera película... Se ha ganado una gran amistad, Ramón Novarro, que le felicitó por su labor en «Sevilla de mis amores»... Tiene casa, coche, mujer... Habla inglés... pero estoy seguro que sigue queriendo mucho a su pueblo y hablando en catalán hasta cuando sueña...

A continuación nos muestra la lista de los films en los que su hijo ha laborado. Es como si nos mostrara un diploma.

«La fuerza del querer», «El cuerpo del delito», «A cartas vistas», «El hombre malo», «El último de los Vargas», de «Fox-Film»; «El rey del jazz», de la «Universal»; «De frente... marchen», «Sevilla de mis amores», «Wu-Li-Chang», de «Metro-Goldwyn-Mayer»; «Horizontes nuevos», de «Fox-Film»... Un film hablado en inglés, con Norma Shearer y Roberto Montgomery... Otro, también en inglés, con William Boyd, «Charlie Chan», «Cuerpo y alma», de «Fox-Film» y «La llama sagrada», «Los que danzan» y «La dama atrevida», las tres superproducciones que esta temporada ofrece «Warner Bros», habladas en castellano.

Martín Garrañaga, modesto, simpático, nacido en La Sagrera, es uno de esos hombres que tiene por honor su origen humilde, y que por tierras lejanas se muestra orgulloso de su catalanidad y su españolismo.

Merece que nuestro público fije en él su atención y que con su aplauso le ayude y le anime. Los aplausos llegan siempre a su destino...

Y él los oirá desde el apartado rincón de Hollywood, donde vive.

AMICHATES



Martín Garrañaga a los siete años de edad.





NOTICARIO

* * * * FILMS SELECTOS * *

El mejor amigo de María Fernanda La-
drón de Guevara en Hollywood era

Charlie Chaplin. Aquel día, el famoso artista, se había comprado un abrigo magnífico, que mostró a la estrella muy contento, porque le gustaba el paño, el corte y lo bien que le sentaba. Era el más elegante, sin duda, de cuantos había gastado en los últimos años, y el más caro de todos ellos... así lo confesó cuando se lo elogiaran.

María Fernanda y Charlot cenaron juntos en un restaurante aristocrático de la babel americana, cuyo nombre en español es «El hongo marrón». Y a la salida vieron cómo dos jovencitas les seguían, riendo a carcajadas, mientras una aseguraba a la otra: «Mira, ese es Charlot... Ese... que lleva el abrigo tan ridículo.»

Cuando Charlot oyó estas palabras, hizo un gesto de desagrado y se puso muy serio. En todo el camino no volvió a pronunciar palabra.

«¿Qué le ocurre?», decía María Fernanda.

«Nada... nada.» Estaba enfadado porque aquellas traviesas americanitas habían desacreditado su elegancia.

Y la hermosa estrella española que interpreta el papel principal de «Niebla», film dirigido por Perojo, recibe

hoy una carta del célebre mimo, en la que recuerda como una aventura graciosa el asunto del gabán...

JOHN BENNETT camina ya sin muletas y declara que sintió «algo maravilloso cuando los médicos me sacaron el yeso que soporté durante ocho semanas. Cojeo aún un poco, pero esto no durará mucho».

RAYMOND GRIFFITH, el celebrado cómico que actuó en la «Paramount», y que hace cinco años era uno de los más famosos actores de la pantalla, ha resuelto abandonar definitivamente sus actividades como actor teatral y cinematográfico.

Había trabajado diez años como periodista antes de dedicarse al cinematógrafo. Hace cuatro años dejó la pantalla por las tablas, a la que volvió para hacer uno de los roles principales de «Sin novedad en el frente».

Mientras actuaba como actor cinematográfico, Griffith continuó escribiendo para las principales revistas de los Estados Unidos, que se disputaban sus cuentos y poesías. Ahora, Raymond Grif-

fith se dedicará por completo a escribir. Ha firmado contrato con «Wagner Bros.» y «First National» para hacer adaptaciones y escribir diálogos para las películas de dicha productora.

EL venezolano Felipe Veracochea, director de revistas y de films cinematográficos españoles, es acusado de bigamia, pues se casó con Carmen Veracochea y con Basquilla Santigosa. La primera es una actriz cinematográfica.

El venezolano está sujeto a una orden de arresto, pero obtuvo su libertad bajo fianza pagando dos mil quinientos dólares.

LA Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de Hollywood, que anualmente concede premios a los directores que, a juicio de un jurado nombrado por la misma, más se han destacado, acaba de premiar a Ernst Lubitsch, por «El teniente seductor»; a José Von Sternberg, por «Marruecos» y «Fatalidad»; a Lewis Milestone, Richard Wallace, Rouben Mamoulian y King Vidor. No dice el telegrama por cuáles obras han sido premiados estos últimos.

Noventa y seis directores se habían presentado ante el jurado, compuesto por cinco productores, cinco adaptadores de argumentos, cinco artistas y cinco ayudantes.

EL actor cinematográfico Warner Baxter, durante la interpretación de una escena, rompió con tal fuerza una puerta, que un vidrio le ocasionó una herida en el muslo, debiendo internarse en un hospital.

LA artista cinematográfica Gloria Swanson ha sido sometida a una operación de poca importancia.

LA compañía «Fox Film», tratando de que se le rebaje el monto del impuesto sobre la renta que paga, ha manifestado que el famoso teatro Roxy, de Nueva York, llamado la catedral de los cinematógrafos, produce treinta mil dólares menos por semana que cuando se inauguró en los tiempos de prosperidad, en que producía ciento treinta mil dólares semanales.

LA ex actriz cinematográfica Kathlyn Williams y el ex director cinematográfico Charles Eyton han hecho testamento favoreciéndose mutuamente. Después de haberse



Beato Perojo, rodeado de los artistas españoles que interpretan su film «Niebla», para la marca Osso.

casado hace más de quince años, se divorciaron en enero, pero declararon que habían convenido no alterar sus testamentos a pesar de las divergencias ocurridas entre ellos.

Jacqueline Logan, de quien desde hace tiempo no se sabía nada, ha aparecido en Londres con la compañía British International con el carácter de productora, directora y actriz. Tal vez es el primer caso de una mujer dirigiendo y actuando en su propia película.

Las «estrellas bebés» de 1922, primer año que se eligieron, son: Marion Age, Helen Ferguson, Lila Lee, Jacqueline Logan, Louise Lorraine, Bessie Love, Katherine Mc. Guire, Patsy Ruth Miller, Colleen Moore, Mary Philbin, Pauline Starke, Lois Wilson y Claire Windsor. En 1929 — no han sido elegidas aún las del año corriente —, Jean Arthur, Betty Boyd, Ethlyn Clair, Sally Blane, Doris Dawson, Josephine Dunn, Helen Foster, Doris Hill, Caryl Lincoln, Anita Page, Mona Rico, Helen Twelvetress y Loretta Young.

Emu. Jannings, Conrad Veidt, Nils Asther, Lily Damita, Lya de Putti, Maria Corda, Victor Varconi y Lucy Derraine han trabajado en Alemania antes de ingresar en los estudios norteamericanos.

Lois Wilson, que aparece al lado de Billie Dove en «La edad de amar», la nueva producción de Howard Hughes, ha abandonado definitivamente el teatro por la pantalla. La popular actriz tomó esta decisión después de su éxito en «La edad de amar», que considera su mejor caracterización tanto en la escena como en la pantalla.

Lois Wilson abandonó el cine, antes de que las películas habladas arrinconasen a las mudas, a pesar de sus éxitos, y se reintegró a las tablas. Fue tan afortunada su actuación teatral, que llegó a pensar en no volver a aparecer en ningún nuevo film, pero en marzo del corriente año la fascinación del lienzo blanco la dominó otra vez e interpretó un papel en «Seed», el cual la hizo más popular que una docena de sus caracterizaciones de otro gran papel en «La edad de amar».

Ahora, Lois declara que ya no volverá al teatro o que, cuando menos, se dedicará al arte del celuloide por un período indefinido de tiempo.

La actriz cinematográfica Ruth Noble entabló juicio para tratar de dejar sin efecto la adopción de un niño de dos años por el actor japonés Sessue Hayakawa. Afirma miss Noble que ella es la madre y Hayakawa el padre del niño, y agrega que consintió en que éste fuera adoptado por Hayakawa después que este actor afirmó que ella se «avergonzaría del niño japonés».



Roberto Rey y Gabriel Algea en un momento de la película Paramount (diálogo de Honorio Maura) «Un señor de frac»

MODELO de carta en inglés para escribir a las «estrellas» solicitando su retrato autografiado.

"Dear Miss (aquí el nombre de la actriz): Being one of yours mustardent fans, I should be delighted in receiving your autographed photo for which I send you herewith enclosed a ten cents stamp. Trusting you will kindly answer my request. I am sincerely yours."

Con esta carta hay que enviar un sello americano de diez centavos para la fotografía.



Ved aquí a Kinkaid, actor español, a pesar de su extraño nombre, que ha obtenido un plausible éxito, actuando en la película «Las luces de Buenos Aires».

Apenas hace dos años las estrellas favoritas del público solían llegar a los estudios en regios autos, con chofer y paje. Parecía esa ser una moda, y cada artista trataba de tener un coche más espléndido que el de la vecina, para demostrar que podía permitirse ese lujo. Sin embargo, hoy es todo lo contrario. Las estrellas, evidentemente, han descubierto lo interesante y divertido que es manejar su propio coche, y en vez de llegar a los estudios en autos deslumbrantes, sólo emplean las «volturettes» más baratas que ellas mismas conducen.

Norma Shearer tiene un «coupé» chico, de cuatro cilindros, todo pintado

de amarillo. Greta Garbo maneja su propio «roadster». Robert Montgomery y Nell Hamilton sólo usan diminutos modelos de carrera. Marjorie Rameau tiene un faetón, en el que recoge por el camino a algunas compañeras de tarea, para llevarlas a los estudios. Así, que se acabaron en Hollywood los tiempos de los Hispanos-Suizos, Mercedes, Rolls-Royce, Packard y Cadillac, que han sido guardados en los garages solamente para las fiestas de gala.

Los padres de la hermosa June Co-lier llegaron hace poco a Hollywood procedentes de Nueva York, a pasar unas semanas de vacaciones, y al mismo tiempo bendecir a su hija recién casada con el afortunado Stewart Erwin.

Ivan Saint Johns, un escritor de Hollywood, al referirse al episodio que provocó el arresto de la actriz de cinematógrafo Jocelyn Lee, por desorden, declaró que la artista se había quitado un zapato y que hizo pedazos los vidrios de un balcón porque su marido, el director cinematográfico Luther Reed, que se encontraba dentro de la casa, se negaba a abrirle la puerta.

Según dicen de Hollywood, soplan malos vientos para los pobres extras. El primer semestre de 1931 fue desastroso y en el segundo no hay barruntos de mucha mejoría.

Sin contar las legiones de aspirantes a extras que deambulan por las «casting offices» de los estudios, hay registrados diez y siete mil quinientos en el Central Casting Bureau, institución que se supone velar por los intereses de la comparsa, pero que, como todo lo humano, parece que se ha venido rigiendo por las leyes no escritas del favoritismo.

De esta enorme cantidad de extras registrados, sólo ochocientos treinta y tres pueden vanagloriarse de haber trabajado, como máximo, un día a la semana, a todo lo largo de estos últimos meses. Lo cual no es óbice para que día a día lleguen más aspirantes a extras a Hollywood.

NO MÁS GRIETAS NI SABAÑONES

La Pasta Rosa Cura-Cutis suaviza la cara, conserva su frescura y combate, con éxito seguro, los Sabañones, Grietas, Diviesos, Granos, Quemaduras y toda clase de



irritaciones de la piel, constituyendo una verdadera especialidad en las propias de los niños. De venta en las principales droguerías, perfumerías y mercerías.

MARY PICKFORD ANTES... Y AHORA

(Continuación de la página 11)

encontraba frente a él en una mesa de banquete, busca ahora sus momentos de solaz en largos viajes por Oriente o por la América del Sur...

Y Mary Pickford, triste, sonriendo quizás para no llorar, se sumerge en largas conferencias por Radio..., en visitas con todos los personajes famosos..., en almuerzos en la Casa Blanca... y en la búsqueda de alguna obra filmable, mientras que la última esperanza apunta hacia el tablado de los años pretéritos, donde sus pies de niña domeñaron la fortuna...

¿Dónde está la felicidad?... ¿Por qué acaso el público envidia a tantas de estas brillantes estrellas de cine?... ¡Ironías del Destino!... Es posible que muchas de ellas, en los instantes de «lucidez», cuando ha pasado la embriaguez del último triunfo y el ruido de los últimos aplausos, envidien cordialmente a la burguesita ama de casa que espera en traje dominguero al marido y que atiende al puchero de la familia.

Mary Pickford... Han pasado cuatro años solamente desde que asistí a tu primera invitación... ¡Y quién sabe cuán largo te parezca a ti el tiempo medido por los cambios de tu vida y por las penas de tu corazón!

MARY M. SPAULDING
New-York, 1931

¡JOVENES! ¡JOVENES!

que tenéis muchos granos en la cara (Acné juvenil), podéis eliminarlos obteniendo un cutis limpio y agradable usando

OXILON

VENTA EN TODA
BUENA PERFUMERÍA Y FARMACIA

Para instrucciones escribid a
PRODUCTOS CUTISAN
Montaner, 10. - Barcelona



ESTADO ACTUAL DEL HUERTO DE GETSEMANÍ

UNA DE LAS FOTOGRAFÍAS DEL ALBUM

Lugares por donde pasó el Señor

QUE PUBLICARÁ
El Hogar y la Moda

EN EL NÚMERO
Especial de Navidad
EL 25 DE DICIEMBRE

PUBLICARÁ ADEMÁS

El milagro del jarrón azul, cuento de Navidad, por E. MULDER.

Cómo se hace un Nacimiento, por MARÍA LUZ MORALES.

Portada a todo color, original de LARRAYA. Páginas a cuatro colores, y otros interesantísimos trabajos.

No deje de adquirir un ejemplar.

dará las diez. El día aquí lo tenemos dividido en secciones, y éstas se anuncian a campanadas. Comemos, dormimos y estudiamos a campanadas. Es algo que alienta esto de pasarse el día como si uno fuera un bombero. ¡Las diez! Se apagan las luces. Buenas noches.

Advierta con qué precisión observo el reglamento del colegio. Ello es debido a mi entrenamiento en el Asilo de John Grier.

Queda respetuosamente suya afina.

JESUSA ABBOTT.

Al señor Papaito Piernas Largas Smith.

1.º de octubre.

Querido Papaito Piernas Largas:

Adoro el colegio y le adoro a usted por haberme mandado a él. Me considero muy dichosa y estoy tan entusiasmada, que apenas puedo dormir. Usted no puede imaginarse cuán diferente es esto del Asilo de John Grier. Nunca soñé que hubiera tal lugar en el mundo. Me da pena las personas que no son chicas y que no pueden venir aquí. Estoy segura de que el colegio en donde estuvo usted de niño no era tan bonito como éste.

Mi habitación se halla en la cúspide de una torre que, antes de constituirse la nueva enfermería, estaba destinada a los enfermos contagiosos. En el mismo piso de esta torre tienen su habitación otras tres chicas: una discípula de último curso que lleva gafas y que continuamente nos está aplicando que nos mantengamos un poco quietas, y dos alumnas de primer año. Se llaman Sallie Mac Bride y Julia Rutledge Pendleton. Sallie tiene los cabellos rojos y la nariz respingada. Ella y yo somos bastante amigas. Julia pertenece a una de las más distinguidas familias de Nueva York y aun no se ha dado cuenta de que yo existo. Las dos están juntas en una habitación. En cambio, la antigua alumna y yo tenemos una cada una. Por lo regular, las alumnas de primer año no disfrutan nunca de

una habitación para sí solas; pero a mí, sin pedirla, me la han dado. Supongo que esto no será debido a que el secretario del colegio haya creído oportuno preguntar a las jóvenes de buena familia si querían compartir la habitación con una exposita. ¿Ve usted? A veces este inconveniente puede resultar ventajoso.

Mi habitación se encuentra en el ángulo noroeste; tiene dos ventanas y un mirador. Después de haber vivido dieciocho años en un cuartel con veinte compañeras de habitación, es una delicia encontrarse sola. Por vez primera en mi vida se me ha presentado una oportunidad de entablar conocimiento con Jesusa Abbott. V creo que me va a gustar. ¿No lo cree usted así?

Martes.

Las alumnas de primer curso están organizando un partido de *basket ball* y, por una sola cualidad, me parece que voy a formar parte del mismo. Verdad que soy pequeña, pero disfruto de una ligereza, de un vigor y de una nerviosidad terribles. Mientras las demás están esperando la pelota en el aire, yo puedo escaballarme entre sus pies y cogerla. Resulta verdaderamente encantador entrenarnos al anochecer, en pleno campo. Los árboles se ven rojos y amarillos, el aire parece impregnado de un aroma especial, como de hojas tostadas, y todo el mundo ríe y juega. ¡Somos las chicas más felices que he visto en mi vida, y yo soy la más feliz de todas!

Pensaba escribirle una carta muy larga, explicándole todo lo que estoy aprendiendo (la señora Lippett me dijo que usted deseaba saberlo), pero acaban de dar las siete y dentro de diez minutos tengo que presentarme en el patio, dispuesta para el entrenamiento. ¿Cree usted que lograré entrar en el partido?

Siempre suya,

JESUSA ABBOTT.

P. D. — A las nueve.

Sallie Mac Bride acaba de introdu-

mas extraordinarias para el sostenimiento del asilo. No puedo decir su nombre; ha manifestado rotundamente que quería continuar conservando el incógnito.

Los ojos de Jesusa se abrieron con extrañeza; no estaba acostumbrada a que la llamasen al despacho para discutir con la directora las excentricidades de los consejeros.

— Ese caballero se ha interesado particularmente por varios de nuestros niños. ¿Te acuerdas de Carlos Benon y Enrique Freize? Los dos fueron enviados al colegio por el señor accionista y los dos han respondido, con su trabajo infatigable y sus éxitos al dinero que tan generosamente se gastó en su favor. El señor accionista no deseaba otro pago. Hasta la fecha su filantropía sólo favoreció a los chicos. Yo nunca pude lograr que se interesara por ninguna de las chicas del instituto, a pesar de que se lo merecían. ¿Es que no quería ocuparse de las niñas?

— No, señora — murmuró Jesusa, puesto que parecía necesaria una respuesta.

— Pero hoy, en la Junta General, se ha hablado de tu porvenir.

La señora Lippett quedó un momento silenciosa. Luego, lenta y placidamente, prosiguió hablando, y en tal forma, que ponía en tensión los nervios de su interlocutora.

— Por lo regular, como tú ya sabes, no reteníamos aquí a los niños después de los dieciséis años; en tu caso se ha hecho, sin embargo, una excepción. Habiendo terminado tus estudios a los catorce años y habiéndolos seguido bastante bien — no podría decirse lo mismo de tu conducta —, se determinó llevarte a la escuela superior del pueblo. Ahora estás terminando, y, naturalmente, el asilo no puede ser responsable por más tiempo de tu persona. Te ha mantenido ya dos años más de lo que se acostumbra.

La señora Lippett olvidó de mencionar lo mucho que durante este tiempo había trabajado Jesusa para el instituto; que las conveniencias del asilo habían prescindido de su

educación, dejándola en segundo término, y que muchos días, como el presente, se había quedado en casa para fregar.

— Como te decía, se ha puesto a discusión el asunto de tu porvenir, y ha sido discutido, plenamente discutido, —

La señora Lippett dirigió una mirada acusadora a su prisionera, y la prisionera reveló con su ansiedad que se reconocía culpable, aunque verdad es que no pudo representarse ninguna página negra notable en su memoria.

— Por supuesto, las disposiciones que suelen tomarse con las que están en iguales condiciones que tú, son las de ponerlas a trabajar; pero tú te has aplicado en ciertas disciplinas y hasta parece que tus trabajos en inglés han llegado a ser brillantes. La señorita Pritchard, miembro de nuestro comité de visitas, que pertenece también a la junta del colegio, después de hablar con tu profesor de retórica, ha pronunciado un discurso en tu favor y ha leído en voz alta una disertación que habías escrito, titulada *Piernas grises*.

Esta vez la expresión de culpabilidad de Jesusa no fue fingida.

— Me parece que poca es la gratitud que nos demuestras en tu trabajo, ya que de tal manera pones en ridículo a la institución que tanto ha hecho por ti. Si aquello no hubiera sido para ti, el señor... Es decir, el caballero que se acaba de marchar parece ser sumamente humorista y por eso escrito impertinente ha ofrecido mandarte a la Universidad.

— ¡A la Universidad!

Los ojos de Jesusa se agrandaron.

La señora Lippett prosiguió:

— Antes de marcharse quiso consultar conmigo su proyecto. ¡Es inconcebible! Puedo decir que es un caballero de lo más excéntrico. Cree que posee cierta originalidad y está dispuesto a educarte para que llegues a ser una escritora.

— ¿Una escritora?

El pensamiento de Jesusa estaba tan entorpecido, que solo le era po-

sible repetir las palabras de la señora Lippett.

—Ese es su deseo, lo que después ocurra, el tiempo lo dirá. Te asigna una pensión muy liberal, sobre todo tratándose de una chica que no ha tenido nunca la experiencia que es necesaria para guardar el dinero. ¡Demasiado liberal! Pero planeó el asunto tan detalladamente, que yo no me consideré con autoridad para hacerle ninguna objeción. Continuarás aquí este verano. La señorita Pritchard ha ofrecido amablemente ordenar tus cosas. Tu pupilage e instrucción se pagarán directamente a la Universidad y recibirás, además, durante los cuatro años de tu permanencia en ella, una pensión de treinta y cinco dólares al mes, lo que te permitirá vivir lo mismo que las demás estudiantes. El dinero te será remitido una vez al mes por el secretario particular del referido caballero. Tú deberás escribirle a este último una vez al mes una carta, agradeciéndoselo. Es decir, no tienes que darle las gracias por el dinero; esto, a él le tiene sin cuidado. Pero debes escribirle explicándole los progresos que hagas en los estudios y los pormenores de tu vida cotidiana, una carta exactamente igual a la que escribirías a tus padres si viviesen. Estas cartas las dirigirá al señor don Juan Smith, y suplicadas a su secretario. El nombre del caballero no es el de Juan Smith. Ya sabes que desea conservar el incógnito. La razón que da para justificar su deseo de recibir tus cartas es la de que no hay nada que mejor facilite la expresión literaria; y puesto que tú no tienes familia con quien corresponderle, desea que le escribas en ese sentido. Además, quiere seguir el

curso de tus progresos. No contestará nunca a tus cartas, ni se tomará el más pequeño interés por ellas. Él detesta escribir las y no quiere que le seas una carga. Si en algún momento pudiera considerarse necesaria su contestación, sería en el caso de que te echaran, lo que yo espero no ocurrirá. De ocurrirte ese percance, debes dirigirte a su secretario, señor Griggs. Estas cartas mensuales son absolutamente obligatorias. Es el único pago que reclama el señor Smith. Por lo tanto, serás tan puntual como si se tratara de pagar una factura. Te recomiendo que escribas siempre en un tono respetuoso que acredite tu buena conducta. No olvides tampoco que la persona a quien has de escribir es uno de los accionistas del Asilo de John Grier.

Los ojos de Jesusa miraban con insistencia hacia la puerta. La cabeza le daba vueltas — tanta era su alteración nerviosa —, y lo único que deseaba era huir de las vulgaridades y consejos de la señora Lippett. Se levantó y dió un paso.

La señora Lippett la detuvo con un gesto, no queriendo despendiciar aquella oportunidad oratoria.

—Supongo que te sentirás verdaderamente agradecida por la gran suerte que has tenido. No son muchas las chicas a las que en tu situación se les presenta la oportunidad de elevarse en este mundo. Debes recordar siempre...

—Yo... sí, señora, gracias. Me parece que esto es todo, ¿no? Tengo que irme para coser y remendar los calzones de Federico Perchín.

La puerta se cerró tras ella, y la señora Lippett quedóse mirándola con la boca abierta, sin haber concluido su peroración.



CARTAS DE LA SEÑORITA JESUSA ABBOTT A «PAPAÍTO PIERNAS LARGAS, SMITH»

215 Fergusson Hall.
24 de septiembre.

Querido y amable accionista que envía las habichuelas al colegio.

¡Va estoy aquí! Ayer viajé cómodamente por espacio de cuatro horas en tren. Qué sensación tan agradabilísima, ¿no es verdad? Yo no había viajado nunca en tren.

El colegio universitario es el sitio más espacioso y más azorante que he visto. En cuanto abandono mi habitación, me pierdo. Esperaré a estar menos atontada para describirlo a usted; también le explicaré todo lo que se refiera a mis lecciones. Las clases no empiezan hasta el lunes por la mañana y estamos en la noche del sábado. Prometo escribirle una carta en seguida, así que me ponga un poco al corriente de lo que me rodea.

Me parece extraño escribir cartas a un desconocido. Además, el redactar una carta me produce un efecto! Sólo he escrito tres o cuatro en mi vida. Le pido, pues, indulgencia si ésta no es precisamente un modelo.

Ayer mañana, antes de marcharme, la señora Lippett y yo sostuvimos una conversación muy seria. Me dijo cómo debía portarme el resto de mi vida y, especialmente, cómo debía proceder con el amable caballero que tanto se interesa por mí. Haré todo lo posible por mantenerme siempre muy respetuosas.

Pero, ¿cómo puede ser uno respetuoso con un caballero que desea que

se le llame Juan Smith? ¿Por qué no ha escogido usted el nombre de cualquier personalidad? ¡El que usted se ha puesto es tan cursil!

Este verano he pensado muchas veces en usted. Esto de tener alguien que, después de tantos años, se cuide de mí, me produce la sensación de haber encontrado una especie de familia. Ahora me parece que pertenezco a alguien, lo que me proporciona un grato bienestar. No obstante, debo confesar, que al recordarle, mi imaginación no tiene que fatigarse. Sólo sé de usted tres cosas.

- I. Que es usted alto.
- II. Que es usted rico.
- III. Que odia usted a las chicas.

En un principio pensé darle el nombre de querido «Señor Odia Chicas», sólo que lo encuentro casi insultante para mí, o «Querido Ricacho», lo que sería insultante para usted, pues esta palabra haría suponer que el dinero es lo más importante, y ya sabemos que ser rico es una cualidad completamente externa. Por otra parte, es posible que usted no siga siendo rico toda su vida; son muchos los hombres inteligentes que se arruinan. Una cosa que conservará, al menos toda su vida, es lo de ser alto. Por lo tanto he decidido llamarle «Querido Papaíto Piernas Largas». Espero que no lo tomará a mal; se trata de un apodo cariñoso de mi cosecha, y no se lo diremos a la señora Lippett.

Dentro de dos minutos la campana



HANS HEINZ BOLLMAN



JARMILA NOVOTNA